

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

LXXXIX ASAMBLEA PLENARIA

Bogotá, D.C., 5 al 9 de julio de 2010

LA IGLESIA QUE DIOS QUIERE EN LA EVANGELIZACIÓN DE LO RELIGIOSO

La Iglesia, a partir del Concilio Vaticano II, ha creado instancias para adelantar una continua reflexión sobre su identidad y su misión en la historia contemporánea. Iluminada por la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio, descubre lo que Dios quiere de ella. Es bueno que nos preguntemos también qué esperan los católicos de su Iglesia y qué piensan los hombres y las mujeres del mundo de la presencia de la Iglesia Católica y de su contribución a un nuevo orden mundial y a la felicidad de las personas humanas.

El reto que tenemos los Pastores es poner en acción lo que el Espíritu Santo nos pide con la cooperación de los más conscientes, más responsables y atrevidos de nuestras comunidades.

1. La Iglesia porque entra dentro del misterio salvífico de Dios solo se entiende desde la FE. Es el nuevo pueblo de creyentes que aceptan la vocación de hijos del Padre Dios, por Cristo Jesús (Cf. Ga 3,26), a ser santos por la acción del Espíritu que da la vida verdadera. La Iglesia es la comunidad de los que se sienten amados en Cristo y enviados a dar la Buena Noticia del amor divino.
2. La Iglesia que va a su plenitud en el Reino de los Cielos, peregrina por este mundo en el que vivimos los hombres y mujeres que pertenecemos a diversas culturas. De ahí que debe estar en actitud de apertura, de escucha a Dios que muestra su voluntad a través de los signos de los tiempos. Debe comprender al mundo en su grandeza y en el dramatismo de su acontecer (Cf. GS 4).

La Iglesia, en los últimos años, se ha encontrado con la realidad del CAMBIO. Muchas veces en su Magisterio se ha referido a que vivimos cambios rápidos y profundos y últimamente ha afirmado que no sólo

vivimos una época de cambios, sino en un cambio de época, “un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias” (Cf. DA 10). Aunque el cambio es ley de vida, sin embargo crea resistencias que vienen del conformismo y de la acomodación. Por lo general le tenemos miedo al cambio porque nos coloca ante la aventura de nuevas actitudes con las cuales se corre el riesgo de lo desconocido. Se prefiere la seguridad de la rutina que garantiza, bien o mal, el ritmo al que nos hemos acostumbrado. Los dos últimos Papas y los Obispos en Aparecida han insistido en las palabras que el Señor con mucha frecuencia pronuncia en la Escritura: “No tengan miedo”. A veces no podemos imaginarnos una Iglesia distinta a la que hemos conocido durante muchos años.

Parece que el Dios vivo gusta de desacomodar para manifestarse como el Dios que vive la historia de los hombres como lo hizo con Abraham, con el pueblo de Israel y con su propio Hijo Jesús quien tuvo “su hora” de cambio, de paso por la pasión de la muerte a la gloria de la resurrección.

La Iglesia del presente está invitada a dialogar con el mundo, a no encerrarse en sí misma. Sabe que puede y debe enriquecer, pero también que puede ser enriquecida. Está puesta en favor de los hombres y con la fuerza divina se atreve a correr los riesgos de estar en el mundo como la incompreensión, el fracaso y el mismo pecado.

3. La Iglesia sabe que CRISTO es la única respuesta capaz de llenar de felicidad el corazón humano. Este es su tesoro, su dicha y prioridad. Es la Iglesia de Cristo Jesús, el Salvador. Es el Cuerpo de Cristo que debe dar luz y sabor y que ha de transformar la presencia del pecado que hiere continuamente a la humanidad. La iglesia está centrada en Cristo y nadie puede creer en Jesús sin aceptar su Iglesia. La Iglesia ha sido enviada a presentar a todos los hombres y mujeres a Cristo, un Cristo fascinante, un Cristo vivo con el cual se puede tener una experiencia de relación íntima y comunitaria (Cf. DA 14). La pregunta que inquieta es la siguiente: ¿Estamos transmitiendo el verdadero rostro de Jesús o lo escondemos por fijar la atención en otras cosas? Se requieren convicción, imaginación y valentía para transmitir con entusiasmo la Noticia Buena de que solo en Cristo está la salvación integral y plena para la persona humana y la sociedad.
4. Un cambio de época, en la cual aparece una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, exige una CONVERSIÓN PASTORAL de las personas y de las estructuras: pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (Cf. DA 370). Esta expresión exige una aclaración. No se trata de abandonar a quienes mantienen algún contacto

con la Iglesia o viven una religiosidad popular, para salir a buscar a los alejados. Las personas que tienen una fe no suficientemente madura merecen una atención primera dentro de un proceso de crecimiento de su relación con Cristo y con la Iglesia. Pero no podemos quedarnos con el único talento enterrado. Si nos quedamos instalados en una acción de tipo cultural, devocional o administrativo, colaboraremos a una progresiva descristianización y esto ya lo estamos viviendo. El Cardenal Ratzinger habla de la amenaza de un “gris pragmatismo” de la vida cotidiana de la Iglesia que va desgastando la fe (Cf. DA 12).

Jesús hoy envía a su Iglesia a nuestro mundo: “Vayan, anuncien la Buena Nueva, hagan discípulos, bauticen, enseñen a guardar lo que les he mandado” (Cf. Mt 28, 16-20). La Iglesia no puede quedarse satisfecha con los peces que están en la pecera. Hay que remar mar adentro y echar las redes para ganar las almas para Jesús. Iglesia en permanente misión que busca a los indiferentes, a los resentidos, a los pecadores, como lo hizo Jesús. La Iglesia misionera anuncia el kerigma e invita a las gentes sin discriminación, a ser verdaderos discípulos misioneros del Señor Jesús. Es la Iglesia Madre que acoge con calor de hogar. Es la Iglesia Maestra que enseña a Cristo, el camino verdadero por el cual se obtiene el sentido completo de la vida humana y la verdadera dignidad de toda persona.

La Iglesia descubre que hoy, como lo hizo Jesús con sus apóstoles, los hombres y mujeres han de formarse dentro de un proceso que los eduque como cristianos adultos. Proceso que parte de un *encuentro con Jesús vivo* y lleva a una verdadera *conversión* del corazón. El que tiene la experiencia de Jesús Salvador entra en la escuela de Jesús para ser su *discípulo*, comparte la fe y el amor en *comunidad* de hermanos y se dispone para comprometerse con la *misión* de la Iglesia para ser testigo de Cristo y constructor del Reino de Dios.

Este proceso de iniciación y madurez cristiana hay que programarlo, requiere de agentes formados y de estructuras permanentes y sólidas.

5. La Iglesia está llamada vivir una **ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN** a imagen de la divina Trinidad. Ella es signo de comunión con Dios y con los hombres (Cf. LG 1) y tiene la misión de ser la casa y la escuela de la comunión (Cf. NMI 43). Entre más viva la unidad más va a ser creíble su mensaje en un mundo donde está presente el pecado que causa divisiones, violencias, injusticias, resentimientos e intereses egoístas (Cf. Jn 17,21-23). La Iglesia es comunidad de amor, llamada a reflejar la gloria de Dios para atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo (Cf. DA 159). Por

eso la comunión es misionera y la misión es para la comunión (Cf. DA 163). Cuerpo de Cristo, rica en carismas y ministerios que le da el Espíritu Santo, vive el misterio de la unidad en la diversidad (Cf. 1 Co; DA 162).

Así como no se puede ser cristiano sin Iglesia, no puede pensarse un discípulo sin comunidad (Cf. DA 156). La primera comunidad debe ser la propia familia, iglesia doméstica, llamada a acoger la vida y a ser iniciadora en la fe.

Es grande el reto de crear un espíritu comunitario en medio de sociedades que promueven el individualismo. La pastoral meramente masiva que de pronto causa satisfacciones, está invitada a permitir el origen de pequeñas comunidades, según el ejemplo de los primeros cristianos, que sean brasa permanente que anime la vida eclesial (Cf. Hch 2, 42-47; 4,32-37). La celebración de los sacramentos, en especial de la Eucaristía, ha de ser expresión de la comunión, presencia viva de Cristo que crea la comunión, unión entre hermanos y compromiso con la construcción del Reino de la Unidad.

6. La Iglesia ofrece ESPACIOS PARA LA COMUNIÓN: la diócesis unida a Roma, lugar privilegiado de comunión, la parroquia, comunidad de comunidades, y las pequeñas comunidades unidas a su Obispo y a su párroco (Cf. DA 164-169). Estas verdades tan bellas se hacen realidad en la medida en que los miembros todos de la Iglesia se esfuercen en acoger la voz del Espíritu. El Plan diocesano ha de integrar la acción de las parroquias, los movimientos y demás agentes de pastoral. Construir comunidad no es tarea fácil, requiere de programación, perseverancia y acompañamiento permanente.

Los ministros consagrados son los responsables de liderar la respuesta de la Iglesia de hoy en la nueva época. Hombres entregados de cuerpo y alma al Señor y a su Reino, enamorados de Cristo, discípulos misioneros del Buen Pastor, llenos del Espíritu, ajenos a cualquier satisfacción de intereses personales. Verdaderos profetas, pescadores, pastores, pedagogos en la fe, partícipes de una liturgia de corazón. Los candidatos al sacerdocio han de formarse para ser capaces de servir a la Iglesia que hoy Dios quiere.

Los religiosos, testigos por excelencia de la presencia del Evangelio, están invitados a vivir en comunidad no sólo al interior de sus Congregaciones sino en la vinculación de su carisma con el plan pastoral de cada diócesis.

Todavía existe en el ambiente un “clericalismo” que reduce la Iglesia a su jerarquía. Los laicos en su mayoría no sienten la Iglesia como propia. Se sienten vinculados a ella por tradición, pero no llegan a ser miembros activos. Los laicos son la Iglesia y tienen un protagonismo muy especial en una Nueva Evangelización. Aparecida llama a los laicos a una participación en el discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución en el proyecto diocesano integral e integrador (Cf. DA 371). Pero ante todo han de comprender que su vocación específica, de índole secular, está en el campo social, en la política, en el mundo del trabajo y de la política. No se puede exigirles una presencia protagónica en las cosas del mundo, si no han sido suficientemente evangelizados. Valdría la pena una profunda reflexión acerca de la primacía, en los planes diocesanos, de las pastorales especializadas, convertidas muchas veces en servicios, sobre la misma evangelización.

7. Los ciudadanos del común, practicantes o no, y los medios de comunicación tienen también expectativas en relación con la Iglesia. La aparición de muchas nuevas ofertas religiosas indica también qué es lo que buscan los católicos que dejan la Iglesia.

Se quiere ver a la Iglesia preocupada ante todo por el anuncio del Salvador de la humanidad por medio de la Palabra, la celebración participativa de los misterios y la actitud de servicio en especial a la población más vulnerable. Quieren una Iglesia, “experta en humanidad”, más humana, más cercana a la vida diaria del hombre y más comprensiva de la criatura en su limitación. Una Iglesia que no rechace, sino que atraiga maternalmente y guíe en la verdad.

En un mundo de soberbia, de violencia y de consumo se ve necesaria la presencia de Jesús en una Iglesia humilde y consciente de la presencia del pecado y de la gracia. Una Iglesia que cree en la fuerza transformadora del amor, por encima de las tentaciones de la seguridad del poder, del éxito, de los bienes materiales.

En medio de unas relaciones tan duras entre las personas, la Iglesia debe ser madre de misericordia, de perdón y de reconciliación, que defienda a los más oprimidos, denuncie las injusticias, enseñe el respeto a toda persona y sus derechos fundamentales.

Iglesia que anuncie una noticia de esperanza y alegría a quienes carecen de felicidad o se equivocan al buscarla solamente en las criaturas. Iglesia que se siente llamada a la conversión, la comienza por sus propios ministros y consagrados, y da cabida y responsabilidad a los laicos.

8. El documento conclusivo de Aparecida nos regala una enseñanza y un espíritu para renovar de verdad la planeación pastoral de nuestras Diócesis. Esto requiere estudio y aplicación concreta al momento de nuestro catolicismo. La Misión Continental no se puede improvisar, sino que es una ocasión de gracia para dar fundamento a un plan de misión permanente, que comience por los ministros consagrados y agentes de evangelización. La celebración del Bicentenario de la Independencia, más allá del recuerdo histórico, permite el anuncio del mensaje liberador de Cristo y nuestra vocación a la libertad en el amor: “Para vivir en libertad Cristo nos ha liberado. Manteneos firmes y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud” (Ga 4,31b-5,1).

Nuestra Iglesia no puede pensarse sin María al lado de Jesús. Ella es la primera discípula que vivió la intimidad de la madre con el Hijo, que guardaba todo en su corazón, la primera misionera que desde la casa de Isabel hasta el Calvario entregó a Jesús, y la que compartió el don del Espíritu en la comunidad apostólica. Que ella nos acompañe para ser fieles discípulos misioneros del Reino de la Vida.

+ Fabio Suescún Mutis
Obispo Castrense de Colombia